

Hace poco en Le Monde, Nancy Huston dijo que "la erección es el problema más grave de la humanidad".

Caroline de Haas: un hombre sobre dos o tres es un agresor.

Françoise Héritier: los hombres dejaron a las mujeres con menos comida, y eso explica el dimorfismo sexual.

Esta es la aproximación que aparece dominante hoy en día respecto del impulso sexual masculino: habría en ese impulso algo intrínsecamente perverso, algo que nuestra sociedad no tolera, pues sería el fundamento de muchos fenómenos que hoy nos parecen inaceptables (el sexismo en todas sus versiones).

Si el antiguo puritanismo veía en la mujer una tentación diabólica, hoy vemos en el impulso masculino algo que debemos intentar abolir, porque no nos gustan sus consecuencias.

En este ambiente, dan ganas simplemente de decir:

*Basil Ranson (H James): "Me convenció. Me avergüenzo de pertenecer al sexo masculino, pero soy un hombre, no puedo ser de otro modo, y haré la penitencia del modo que usted quiera"*

No obstante, el problema puede ser algo más complicado, y vale la pena examinarlo un poco más de cerca.

¿En qué consiste nuestro malestar con el eros?

Por un lado, hemos perdido todo sentido de la distinción, todo espíritu de fineza (Pascal). No sabemos distinguir entre seducción y acoso, todo nos parece igualmente malvado. Pero es posible que allí estemos mezclando fenómenos de naturaleza distinta.

A partir de esa confusión, tenemos confianza (una vez más) en que el derecho puede ayudarnos: habría que codificar, hasta el máximo detalle, el consentimiento. Así, hay reglamentos universitarios en EU que obligan a renovar el consentimiento de modo sistemático antes de cada acto sexual. Hay también aplicaciones telefónicas que buscan cumplir con ese fin (*Yes to sex*).

Pero, ¿puede el derecho regular afectos y pasiones?

Hay allí una dificultad seria. El deseo codificado deja de ser deseo, pierde toda su carga erótica. El eros se juega en lo incierto, se juega en una zona gris. Esa zona es, desde luego, fuente de riesgos, pero también es fuente de bienes, y es sobre todo fuente de sociabilidad, fuente de humanidad. El eros forma parte de nuestro mundo, y por más que queramos controlarlo completamente, habrá siempre algo misterioso que se nos escapará.

¿Cómo sería un mundo donde el impulso masculino fuese abolido?

Montesquieu –acaso el pensador moderno que más reflexiona sobre la dimensión sexual y sexuada del orden político– imaginó un mundo así en las Cartas persas. Usbek viaja a Europa, y deja a sus mujeres a cargo de eunucos. Hay, se supone, no hay erección, no hay deseo. No puedo resumir aquí el hilo central de ese extraordinario libro –que es un libro muy importante en la historia de la Ilustración–, pero el hecho es que ese experimento termina en desastre y en revolución. Los eunucos no pueden dejar de desear a las mujeres, aunque no puedan consumir nada. La conclusión de la distopía

de Montesquieu es clara: las pasiones humanas son muy fuertes, más vale conducirlas pues la represión siempre termina en desastre.

Por lo mismo, Montesquieu defiende la forma francesa (que es la misma de Catherine Deneuve) de regular las relaciones entre sexo: hay relación, las mujeres no tienen por qué esconder su rostro, pues hay allí una sociabilidad que permite el despliegue de lo humano, incluso con todas sus miserias.

Pero claro, esto supone aceptar que lo masculino y lo femenino son polos en tensión, una tensión que nunca terminaremos de comprender completamente, que nunca podremos asir del todo. Además, el deseo no es nunca completamente simétrico, no es nunca matemático. Por eso el consentimiento no pueda dar cuenta del problema. ¿Qué significa consentir? Es una de las preguntas más relevantes.

De hecho, nuestro problema es que liberamos el deseo (pues nos parecía que la moral tradicional, que intentaba ordenarlo, era contraria a nuestra autonomía), y hoy nos enfrentamos a la consecuencia de esa liberación. Mayo del 68 pensó (con Rousseau) que el deseo era inocente, pero hoy sabemos que no lo es, en todo caso no necesariamente. De allí que por un lado tengamos un espacio público bastante erotizado, pero que no queramos hacernos cargo de los efectos de esa erotización.

NYT sugería que las mujeres deberían desear tal como desean los hombres, para abolir el sexismo.

Quizás allí se encuentra la naturaleza de nuestras dificultades. *Que las mujeres deseen tal como deseamos los hombres*, pues en la diferencia del deseo estaría el fundamento del sexismo. Ya no se trata de terminar con el deseo masculino, sino de igualarlos.

Me parece que es un punto clave. Me explico: o el eros es alteridad, o no es nada. El eros es el deseo de algo que no se tiene, es el deseo de algo distinto de uno mismo, es el deseo de completarse. El eros es la aceptación de nuestra finitud: tiene que ver con nuestra condición finita.

El proyecto moderno es un proyecto de emancipación que quiere intentar superar esa finitud: es un proyecto prometeico. El eros es aceptación de la dependencia, pero no nos gusta depender, no es esa la promesa moderna. Por eso las relaciones humanas suelen ser leídas en clave de poder, porque no somos capaces de leerlas en otro eje: si somos individuos autónomos titulares de derechos, entonces el eros, el deseo de otro, es algo que no encaja bien. Tendemos a ver en toda relación humana un atentado posible a esa autonomía inicial.

Nos molesta la alteridad hasta el punto de que no aceptamos cosmovisiones distintas, y modificamos las obras de arte del pasado porque hieren nuestra sensibilidad (Carmen, La Bella durmiente).

Nos molesta la alteridad porque vemos en ella fuente de desigualdades, en lugar de ver el fundamento de la diversidad humana.

En ese sentido, el proyecto moderno no se lleva bien con el eros, tiene cuentas pendientes, que explican, al menos en parte, nuestra perplejidad actual. Si el eros está en crisis, es porque nos cuesta aceptar que puede haber otro, cuyos deseos no sean los mismos que los míos, y vemos en esa disimetría un riesgo que nos parece inaceptable. Quizás deberíamos pensar más bien que, sin alteridad, y sin disimetría, y sin impulsos sexuales, el mundo sería insoportablemente fome, plano y carente de interés.